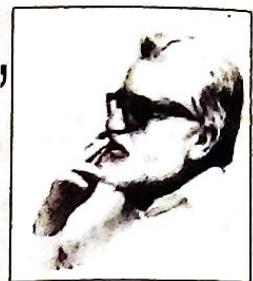


A

# Iberto: "Duele tu nombre desde adentro"

*"Te regalo mi corazón / hecho de antiguos carbones / do amianto y sangre conmovida / on su latido ... Caben on mí, latentes, los anhulos y congojas... Ya que vine / abierto el pocho para el canto / parto ahora con las manos vacas / porque están las parras / desvestidas de racimos. No, no al tiempo, / hay siempre un niño encaramado / on el latido universal del hombre."*

Alberto Guerra Gutiérrez



## Alberto Guerra

El asombro  
de las plóndas  
en La Patria  
con su alambíquio  
roto  
en el costado.  
muda la sangre, Alberto.

Junto al airo  
desnudos  
sin lurrón  
ni alegrías  
los niños  
de la mina

le acompañan, Alberto

Un atado  
repleto de palabras  
le llora  
se acongoja  
y vestirá de noche  
los libros  
las palabras  
con tu lámpara, Alberto.

Sin llave  
ni horizonte  
el Altiplano  
ha quebrado  
los sueños  
la campana  
sin tu estatuta, Alberto.

De Oruro a Cochabamba  
se han vuelto  
una coyunda  
los allentos  
Con luto los braseros  
la luna vela.  
por las calles, Alberto.

Blanca Garmica  
Cochabamba a la madrugada  
del 11 de septiembre del 2006

## Unas pocas palabras después de la partida

Cuando conocí a Alberto Guerra, había salido de las cárceles de la represión y tenía la frustación de la víctima golpeada en el cuerpo y en las ideas. Estaba acompañado de otros poetas, pero llevaba el signo del dolor. El vino no le aliviaba.

Tal vez, los amigos y la poesía le ofrecieron, con el tiempo, la luz para el reencuentro con la vida.

Después, lo encontré, ofreciendo al país que le golpeó, sus tradiciones orureñas, sus indagaciones sobre el mundo andino, sus baladas para los niños milenarios, su hermosa identificación con el árbol, sus poemas amorosos, rebeldes y profundos. Estaba intensamente vivo.

Después lo encontré abriendo la puerta de la Real Academia de la Lengua para su propio ingreso en paso firme, escribiéndole en nombre de Oruro.

Y luego, en el Consejo de Edición del suplemento literario "El Duende" de la Patria de Oruro, acompañado de un gran equipo humano que mostraba la bendición y fuerza de la escritura y de la amistad.

Y así también, Alberto Guerra se adhirió al proyecto de organizar el PEN de Oruro, para dar más cabida a la escritura y a los derechos de expresión de los escritores bolivianos.

En todos los proyectos de su vida mostró la dignidad del poeta. Copio un fragmento salido de su propia boca:

Yo que vine  
abierto el pocho  
para el canto,  
parto ahora  
con las manos vacas

Hoy, el Cóndor Mayor, el Achachila, como yo le decla con alto respeto por su pasión por lo cósmico andino, ha partido. Y si bien nosotras, sus compañeros transitorios nos dolemos de su muerte, el Duende Mayor, en de La Patria, el que quiere quedarse con su nombre, ha despertado a los duendes de todos los patios y lloran por los rincones, su partida.

Gaby Vallejo Canedo  
Cochabamba, 10 de septiembre del 2006.

## Alberto Guerra Gutiérrez un nocturno de viento y poesía

Un viento huracanado sacudió parte de la urbe pacífica, en una noche sin candiles ni luz platicada. El vendaval lastimó ventanales, entre muchos, el mío. Era como los vientos invernales del altiplano orureño arrastrando arenas hasta los pórticos de las viviendas mineras. Ya con los débiles rayos del sol desenagiando un cielo congestionado de nubes en su amanecer, extendí un brazo para alcanzar el libro de cabecera que en las últimas horas nocturnas del jueves, leí con avidez. El sueño postergó la lectura del cuento de Mario Benedetti. No hay sombra en el espejo, que me disponía a leer, cuando me entregaron el ejemplar diario de un matulino.

Volví a postergar la narrativa del escritor uruguayo para hojear las páginas del cotidiano pacífico. Mi sonrisa calificaba los titulares, pero de pronto, sentí rigidez en mis mejillas y el asomo de un frío sudor en las sienes.

La noticia inesperada decía: Murió el poeta orureño Alberto Guerra Gutiérrez. Dos, tres veces volví a leer el reducido texto. Sí, Alberto Guerra, dejaba un vacío físico en su casa, en su tierra, en su mundo. Quedaba su obra. Quedaba el recuerdo del gran amigo. Quedaba la evocación de una personalidad nacida para la poesía, para el arte del ensayo; en fin, quedaba él, íntegro en el recuerdo que lo mantendrá vivo en la tertulia, en la lectura de sus poemas, en la profundidad de sus ensayos. Su voz no estará callada entre nosotros.

El cuento de Benedetti espera su lectura. Yo me enciero en mi biblioteca. Allí están los ecos de las voces que no callan. Allí está el mensaje de amor a la humanidad. Allí están los amigos que no traicionan. Los libros y la melodía barroca de El día de la ascensión, de Juan Sebastián Bach, están conmigo.

Una antología poética me acerca al verso de Guerra: Esta luna gris / que agrila la menguada luz / de la corriente / de mi río vertical y perseguido, / no es la misma luna / que tiene de azul / el aire que decora de amores / la brisa que se hace dueña, de mi casa / en cada beso de la noche.

Aparte el libro. La melodía continúa. Por mi mente desfilan los recuerdos. Aquella noche en Oruro, con luces de reencuentros, Guerra presentaba una obra mil.

Con otras luces, en La Paz, Guerra alternaba diálogos en una reunión de académicos. El esplendor de El Prado, nos recibió una mañana de lejano otoño, con brisa bajando del Mururata. El tema obligado era la poesía. Fulmos ganando esquinas

hasta llegar al clásico café de la avenida Camacho. Las circulares mesas sobre las que rebolan las charlas y a la que también convergen otros bardos, entre ellos Héctor Borda Leaño con sus loqueras de picardía en el lenguaje y su amistad de brazos abiertos, nos acogieron en el tiempo limitado del que disponíamos.

Compromisos alislados interrumpieron el diálogo. Más tarde volvimos a reunirnos en un centro cultural, esta vez con presencia de Borda.

Tras el acto, un amable fotógrafo nos encandiló con el flash, dejándonos una placa de recuerdo que conservo frente a la computadora en la que escribo cotidianamente. Guerra y Borda me miran desde el enmarcado portarretratos.

Continúa el sonido barroco. Vuelvo a la poesía de Guerra: La niña ha vuelto / a la casa / para contarle a su mamá / que por las noches la espera / con un bocado de pena / un bocado de pena / y otro bocado de pan.

En un rincón, entre estas cuatro paredes con sabiduría colecionada, se apilan las páginas de "El Duende", suplemento literario creado por Alberto Guerra. Un duende de apariciones quincenales adosado a las hojas del decano del periodismo, sobre viviente de un género avasallado por la indiferencia de la prensa de nuestros días.

También están por allí, en la estantería de revistas literarias, los anuarios de la Unión Nacional de Poetas y Escritores (UNPE), editados en la tierra de Papador bajo el celo profesional del Consejo Editorial encabezado por Guerra Gutiérrez, Luis Urquiza Molleda —el otro hacedor de El Duende— y Benjamín Chávez, todos amigos de la Literatura en una ciudad que aún conserva el romanticismo y las ilusiones, amarradas a sus rocas de esteño.

Hay circunstancias en las que cuesta leer junto a la tristeza de la noticia lacerante. Las líneas versificadas se mueven, se nublan, se pierden. Todo se interrumpe; la música sigue.

Como en muchas oportunidades, mojo mis labios y aclaro mi mente. En mi rostro se dibuja una leve sonrisa, con linderos de nostalgia.

Ahora será bueno disipar la tristeza sin olvidar nada y volver a la otra lectura, a la de Benedetti. Por ahí, dice su cuento: La estampa del espejo es lo que no quise ser, un fantoche gastado que convoca a la muerte.

Mario D. Rica Gascón  
Escritor, periodista y crítico de arte.